

**DE LA MEDIOCRIDAD Y DE LOS MEDIOCRES  
EN LA IGLESIA ACTUAL**

Discurso de Apertura del Curso 1985-1986

Estudio Teológico de San Ildefonso

**TOLEDO**

JOSE RIVERA RAMIREZ

Toledo, Febrero de 1996

## NOTA INTRODUCTORIA

D. José preparó este escrito como Discurso de Apertura del Curso 1985-86, en el Estudio Teológico de San Ildefonso, precisamente sobre un tema, *la mediocridad*, que siempre le preocupó y que aparece continuamente presente en todos sus escritos, así como en sus charlas y conversaciones.

A propósito de la mediocridad, dice él mismo:

"De ayer me quedó sin apuntar: Es cierto que estoy *desfasado*, es decir, que no coincido con el tiempo. Ello no se debe a la edad, pues que tampoco estaba en fase a los 14 años. Simplemente cada época como tal, en superficie -y es lo que se capta cuando se habla del espíritu del tiempo- es humanamente mediocre y aún estúpida, sobrenaturalmente mala o, al menos, mediocre. Ahora, jamás he podido sintonizar con la mediocridad" (Diario 1972).

Grandes renunciaciones y otros sacrificios le costó este no poder sintonizar con la mediocridad. También le acarreó muchísimas incomprensiones, porque a veces su lucha tenaz contra la mediocridad, fundada ciertamente en la doctrina evangélica, fué tachada de extremismo, exageración o ganas de llamar la atención. Cosas todas bien lejanas de su mismo temperamento, más bien independiente, y de su entrega humilde y confiada a la gracia.

Pues simplemente, la mediocridad queda definida por D. José como no sentirse interpelado fuertemente por el amor de Dios que acosa al hombre, en cada época, en cada instante de su vida, para una respuesta redentora de consecuencias eternas.



## INTRODUCCION

### DE EXPECTATIVAS Y JUSTIFICACIONES

Supongo que quien afronta un discurso siente surgir en su interior ciertas expectativas. Espera un tratamiento lógico, ordenado de un **tema**. Con su comienzo y su final bien determinados. Con su lenguaje bien escogido, posiblemente bien abastado de ideas, imágenes, citas. Cierta empaque propio del género, usado entre gente culta...

Algo así como un río que discurre: con su cauce, su dirección, su nacimiento y su desembocadura bien conocidos; con su murmullo lírico, grato, incluso saporífero...

Pues bien, aquí no hay que esperar nada de eso. Esto es una conversación, una charla familiar. No gusto de hablar de **algo**, ni de hablar a **nadie**. Quiero decir teniendo el tema y el oyente como determinantes. Me halaga la charla con alguien. Por supuesto de algo hay que tratar; pero el objeto de la conversación no es el tema, sino la relación personal que se establece mediante los signos que son las palabras. No me importa esclarecimiento del tema, sino crecimiento de la luz que es la persona en relación con otra. No me importa el oyente en cuanto oyente, sino en cuanto interlocutor.

Y la conversación tiene un tono muy diverso, casi contrario, al aludido respecto del discurso.

Se parece más a un mar; sin principio ni fin, sin visión del fondo... Indefinido a nuestra vista en anchura y hondura... Sin objetivo inmediato, sin arrullo lírico, con épico rugir.

En la conversación no tenemos dominio, no tocamos fondo, desconocemos el objetivo. Entramos, sabiéndolo o sin saberlo, en el misterio de la persona; más aún, en el misterio de las Personas divinas. Pues en la conversación, Cristo es el interlocutor primero, quien la

dirige sin manifestarse visiblemente. La conversación es actuación personal de varios. Y la persona es constitutivamente abierta, indefinida, rugiente...

Voy, pues, a charlar a los mediocres. Eso sí, de algo, de nuestra propia mediocridad. Y voy a charlar mediocrementemente. Solo el perfecto, el santo, podría hablar con perfección.

Voy a hablar -y a escribir- seguidamente. Pero atento a la multitud de expresiones personales, escuchadas en multitud de conversaciones. Atento a suscitar, según le es concedido a mi torpe conocimiento del ser humano, las voces interiores del lector y del oyente.

Voy a citar a veces, pero sin cuidado alguno de la exactitud llamada científica: obra, página, edición, data... Mis lecturas son siempre coloquios. En la mayoría de los casos el hombre que ha escrito vive con más perfección que cuando habló en su libro. Su espíritu vive en el cielo... Y el libro me sirve para hablar con él.

Un libro no es un instrumento. Es una expresión personal. La carta de una madre no es una cuartilla; es, precisamente, la carta de una madre que vivifica al hijo que la lee.

Si cito a veces las palabras exactas -huyo con deliberación del vocablo usual "textualmente"- es porque tengo en la memoria o en la epístola tales palabras muy a la mano. Si cito a veces en idioma forastero no es, lo juro, por pedantear, sino porque así me lo han dicho.

No es que desprecie el género literario del discurso. Simplemente no soy capaz de construirlo. Y además no me gusta. Y por contera no tengo tiempo.

Por ello pido excusas. No he tenido tiempo, pueden creerme, para hacerlo mejor.

Ni mejor para mi estimación: más vivo, más chocante, más agresivo incluso...

Ni mejor para la estimación general: más lógico, más exacto en las citas, más cuidado en el vocabulario de

la sociedad llamada culta...

He intentado realizar -no cumplir, que sería llevar a la perfección- un encargo.

Y al intentarlo he descubierto que la charla sobre tal asunto podría ser fertilísima. Y he trazado no más un bosquejo de un futuro posible escrito. Que por supuesto no publicaría...

La elección del tema viene dada por la extrema importancia que concedo a este aspecto de la humana personalidad.

Tal extrema importancia viene insinuada al final de la charla.

---

## I. PLANTEAMIENTO DEL TEMA

Llamo mediocre a quien consciente y voluntariamente confina sus capacidades respecto del desarrollo de la propia personalidad. A quien pone límites a su posibilidad de ser asumido hasta lo excelso o de rodar hasta los últimos abismos.

No llamo mediocre evidentemente a quien, plenamente abierto según el momento, se encuentra todavía en desarrollo, aunque no sea más que inicialmente.

No aludo a ninguna de las potencias o cualidades o defectos abstraídos, observados fuera de la armonía de la persona total. No es a la personalidad eximia, que es pobre en el conocimiento de la filosofía o en el gozo de la música o en el ejercicio del arte piscatoria.

No intento definir al mediocre. El ansia de definiciones me parece engañosa y generalmente signo de mediocridad. Quiero solamente señalar algunas facciones del rostro del mediocre que nos sirvan para reconocernos como tales.

Hablo con cristianos católicos. Ciertamente que cuanto diga tiene sentido para el hombre sin más. Pero tengo frente a mí a interlocutores católicos y con ellos y sólo con ellos quiero dialogar.

---

## II. LO PRIMORDIAL

Lo sepamos o no lo sepamos, lo primordial es la actitud ante la llamada de Dios Padre.

El fundamento ontológico de nuestra personalidad es el amor del Padre que nos crea en Cristo, por la donación del Espíritu en santidad.

Lo expresa San Pablo, escribiendo a los Efesios, en el capítulo primero que comienza así:

"Bendito sea Dios,  
Padre de nuestro Señor Jesucristo,  
que nos ha bendecido en la persona de Cristo  
con toda clase de bienes espirituales y  
celestiales.

El nos eligió en la persona de Cristo,  
antes de crear el mundo,  
para que fuésemos santos  
e irreprochables ante El por el amor.

El nos ha destinado en la persona de Cristo,  
por pura iniciativa suya  
a ser sus hijos..."

Lo sepamos o no lo sepamos, vivimos en el seno del Padre.

Inevitablemente empleamos, con los mismos autores sagrados, lenguaje simbólico. Hablamos de esta vida y de la otra, de "arriba" y de "abajo", de "ascender" y de "bajar"...

Mas nuestra única realidad personal es la pronunciada por el Padre en el Verbo, en sí mismo, con la humanidad misma del Señor.

Y nuestra realización personal, nuestra progresiva vivificación por el Espíritu, consiste en ir recibiendo la revelación de esta realidad y en ir siendo despojados de los velos que nos la ocultan.

Nuestra personalidad psicológica solo es real cuando responde a la realidad: al nivel ontológico. De lo contrario, por más que el hombre se forje la ilusión de que vive, no vive propiamente, sino que con sus actos se des-vive. Va deteriorando la verdad que le toca. Hasta llegar, si persevera en su actitud, a convertirse en el monstruo, que es humanamente el condenado.

La persona humana tiene, pues, sus confines reales, pero imposibles de determinar para ella. Desconoce el sentido pleno de las mismas expresiones:

**El límite de la nada:** El hombre es nada por sí mismo. "Yo soy el que soy, tú eres la que no eres", oía del Señor Santa Catalina de Siena. Este "no ser nada" por sí mismo, ha de llegar a ser experimentado de alguna manera. Pero jamás volverá a la nada, siempre tendrá un ser recibido. Y sin embargo ha de experimentarlo continuamente como el punto del cual está siendo levantado, creado continuamente.

**El límite de la monstruosidad:** De la extrema contradicción consigo mismo. La condenación eterna. Límite del descenso. Límite real en posibilidad para cada uno de todos los viandantes en la tierra.

**El límite de la perfección en la santidad:** Nivel asequible a cada uno y a todos. Alcanzado por millares y millares de santos con María. Inconcebible ciertamente, pues el amor de Cristo supera todo conocimiento. Límite, por llamarlo de alguna manera; meta a que debemos tender, a que tendemos por el dinamismo de nuestro propio ser de imagen de Dios, levantado a la filiación divina. Unica posibilidad de desenvolvimiento de nuestra personalidad humana...

Tales realidades se encuentran explícitamente consideradas en el Nuevo Testamento. Donde Cristo nos invita a la perfección: "Sed perfectos como el Padre celestial es perfecto".

Nos avisa reiteradamente del peligro de condenación.

Y en cuanto a nuestra nada, es cierta a la luz de la fe, ya que la creación es dogma para todo católico.

Pues bien el cristiano mediocre no vive en actitud de reconocimiento de tales límites. No es que los niegue explícitamente, pero los sitúa mucho más cerca de su juicio y de sus sentimientos.

Prefiere pensar que nadie se condena y que muy raramente alcanza alguno la meta de la santidad. Pacta con una salvación "reducida" no se sabe muy bien de qué peligros, que le permite disfrutar ejercitando su egoísmo en amplio recinto.

Sale de la mediocridad quien reconoce sus límites reales y la posibilidad de superación de los imaginarios, como efecto de la gracia. Efectos indefinidos para nosotros.

Dice Adrienne von Speyr:

"Y si contempla a los héroes cristianos )qué es lo que ve? En ellos hay algo realmente acabado, pleno íntegro y sagrado. Si examinamos de cerca lo que en ellos se ha realizado, si intentamos penetrar en el mecanismo de su obra, nos encontramos con algunas cosas que comprendemos, pero también con otras muchas que nos resultan ininteligibles. Sin embargo el hecho está ahí, integral, armonioso, rotundo, aunque su entramado nos resulta impenetrable. Nos encontramos con algo singular, inquietante, perturbador. )Cómo se ha llegado a esta unidad, a esta armonía? Subitamente lo vemos con toda claridad: en los héroes cristianos, en los santos, la nihilidad del hombre ha sido superada. Ha sido absorbida en la santidad. Esta unidad, esta condición indivisible del santo hay que atribuirle a la gracia, procede de Dios..."

Mucho antes Pascal había establecido este principio: "L'homme passe infiniment l'homme" (El hombre supera infinitamente al hombre) y dedicado no pocas páginas a saborear, entre el asombro y el espanto, la condición misteriosa, ignota e irreconocible para el hombre por sus propias fuerzas, de nuestro ser actual:

"Quelle chimère est-ce donc que l'homme? Quelle nouveauté, quel monstre, quel chaos, quel sujet de contradiction, quel prodige! Juge de toutes choses, imbécile ver de terre; depositaire du vrai, cloaque d'incertitude et d'erreur; gloire et rebut de l'univers".

(Qué quimera es entonces el hombre? Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicción, qué prodigio! Juez de todas las cosas, imbécil gusano de la tierra; depositario de la verdad, cloaca de duda y de error; gloria y desecho del universo).

Por lo cual ha de someterse a la enseñanza divina, recibida humildemente como incomprensible, misteriosa.

"Connaissez, donc, superbe, quel paradoxe vous êtes à vous- meme. Humiliez-vous, raison impuissance; taisez-vous, nature imbécile; ... entendez de votre maître votre condition véritable que vous ignorez. Ecoutez Dieu".

(Conoce, soberbio, qué paradoja eres tú mismo. Humílate, razón impotente; calla, naturaleza imbécil;... oíd de vuestro maestro la condición verdadera que ignorais. Escuchad a Dios).

El mediocre no reconoce -no quiere reconocer- los límites reales. Se confina a sí mismo de manera irreal. No alcanza la medida de su propia personalidad...

---

### III. EL OLVIDO DE DIOS: FUNDAMENTO DE LA MEDIOCRIDAD

El principio de la mediocridad es el olvido de la filiación divina. El hombre no quiere reconocerse hijo de Dios en Cristo. No lo niega -no sería católico-, pero procura no tenerlo en cuenta. Desentenderse de la verdad. No pensarla. No contar con el Padre divino de quien recibe todo.

Ya en los salmos el olvido de Dios, de su operación, de su conocimiento constituye la característica radical del impío:

"El malvado dice con insolencia:  
no hay Dios que me pida cuentas"

pensando:

"Dios se olvida, se tapa la cara  
nunca se enterará.  
Piensa el necio: no hay Dios".

El mediocre de hoy, que no es estrictamente impío, que puede ser tenido incluso por piadoso, concibe a Dios como alguien que puede ayudarle, en caso de necesidad. Como un legislador que le impone ciertas leyes mínimas de acción. Pocas y hacederas, según las fuerzas que constata en sí mismo. Y que acepta, más o menos satisfecho, las obras que el hombre le ofrece. Que premia sus trabajos... y raras veces castiga sus deslices, porque (es tan bueno!

La bondad humana -el término "santo" está proscrito de la jerga del mediocre- es fruto proporcionado del esfuerzo humano.

Incluso admite que entre sus acciones ha de contarse la oración.

Los modos de unión ofrecidos por Dios al hombre se convierten en leyes, en obligaciones impuestas. La misa, los sacramentos... En suma: Dios es un objetivo a alcanzar. Vamos hacia Dios...

Dios no es el Padre en quien vivimos, que nos

vivifica ya...

Al mediocre le desazonan muchos textos inspirados:

"Porque todas nuestras empresas nos las realizas tú". "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles". "Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas. Es inútil que madruguéis, que retraséis el descanso, que comais un pan de fatigas; (Si Dios lo da a sus amigos, mientras duermen!"

Claro que encuentra textos que le tranquilizan. Tanto más cuanto que no va a empeñarse en cumplirlos. El Evangelio es algo que "habría que cumplir", no algo que hay que recibir cumplidamente... hasta la totalidad.

El mediocre tiene sus slogans. Le encantan los refranes:

*"A Dios rogando y con el mazo dando"*: Porque sus labios son perfectamente capaces de musitar rezos y sus brazos disfrutan con leves trabajos a su alcance o le dan ocasión a satisfacer su orgullo.

Como si el mazo y el que da, y la capacidad de dar y el golpe mismo y el objeto golpeado... y la presencia del objeto y el tino para golpear no fuera todo don de Dios, lo mismo que la oración, el ruego...

*"Fíate de la Virgen y no corras"*: Como si el correr no fuera fruto de la acción maternal de la Virgen...

Y ya que de refranes hablamos, si quieren penetrar la mediocridad humana, la mediocridad de los católicos, ahonden en el refranero español, estudien los refranes, que suelen tomarse como expresiones de la sabiduría popular, que han ido brotando durante siglos en un país de ambiente católico, y saborearán, Dios quiera que con sabor amargo, la dosis de mediocridad que por lo común destilan...

Partiendo de la iniciativa humana frente a Dios, nada tiene de sorprendente que la humana calidad se estime por ciertas aspiraciones particularizadas, no misteriosas, aunque posiblemente vagas, indeterminadas, confusas y de imposible realización.

Hablando en general, Ortega venía a definir al hombre selecto, frente al hombre de la masa, como aquél que se exigía más que los otros, aunque no alcanzase a llenar sus exigencias.

Apenas podemos encontrar más errores en una exposición tan breve: El hombre no puede exigirse nada, puesto que nada es, ni mucho menos fuente de perfección ni cumplimiento ninguno para sí mismo.

El hombre no puede establecerse en comparación con ningún otro hombre. El hombre no puede alcanzar, no puede ascender a la perfección; pero puede ser asumido a inconcebibles alturas.

Ya es característico que la palabra **exigencia**, con todo el vocabulario emparentado con ella, esté de moda permanente en el lenguaje de los católicos.

Hay que exigir más; es Ud. muy exigente; exige Ud. poco; Dios no exige tanto... Dios no exige nada, Dios ofrece la totalidad. Se ofrece a sí mismo, nos da a su propio Hijo, ¿cómo no va a darnos con El **todo**?

Un poeta muerto en 1.919, muy acreditado por entonces, muy olvidado hoy, muy injustamente olvidado, pienso, escribía en estilo más romántico:

De tí podrá decirse:  
"Tuvo un incandescente  
anhelo, una gran ansia  
de santidad. Quería  
llegar a la excelencia  
cristiana: ser perfecto  
como el Padre celeste  
es perfecto; soñaba  
con devolver caricias  
a quien clavó el colmillo  
de sus malevolencias  
en él, hasta cebarse.  
Amaba a Dios, acaso  
como pocos le aman  
(Dios, que lo ve, lo sabe).  
Mas fue tal su miseria,  
su endeblez para el vuelo

divino, que las pobres alas  
lo traicionaron...  
Y se quedó en el fondo  
de su charca... Miraba  
pasar aves y nubes,  
con blando volar quedó,  
y le decían: ")Subes?",  
y él gemía: "No puedo".

Y es que no se trata de subir, sino de ser  
asumido...

Y particularizando, otro poeta, más moderno y bien  
presente a la hora actual, señalaba los valores, bien  
asequibles de la vida:

"La luna es un pozo chico,  
las flores no valen nada;  
lo que valen son tus brazos  
cuando de noche me abrazan".

Expresión de la mediocridad. Sometida por otro a  
corrección:

"Que las flores nada valen  
sabemos de fecha larga.  
La luna es muy macilenta  
para alumbrar mis miradas,  
y para un hombre que es hombre  
no hay abrazos que le valgan;  
porque el volumen humano  
no tiene medida humana".

Un tema soberanamente ilustrativo, no solo de la  
mediocridad humana, sino del progresivo deterioro de la  
grandeza de nuestra "civilización" es **el desarrollo de la  
actitud frente al héroe**.

Los héroes de la "Ilíada" son héroes solamente,  
porque reciben el impulso protector de los dioses, sus  
inspiraciones, sus ayudas sobrehumanas. No tienen empacho  
de huir, cuando saben que los dioses no les protegen.  
Identicamente sucede en la "Eneida"... Y todavía esta  
conciencia de "protegido" se prolonga en la Edad Media,  
en el "Orlando" o la "Jerusalén liberada".

Pero los héroes del mundo actual -ya de larga fecha- se rebelan contra el "destino" y en último término, a veces expresamente, contra Dios.

Del dudoso heroísmo del Tenorio, de su audacia al menos, nos quedan ya en el siglo XIX expresiones blasfemas:

"Llamé al cielo y no me oyó  
y pues que sus puertas me cierra,  
de mis pasos en la tierra  
responda el cielo,y no yo".

El héroe, el hombre "selecto" en todo o en algún campo particular, pide cuentas al cielo, o se rebela contra él, o simplemente lo niega...

Quiero ahora atender a dos manifestaciones bien concretas de este desentendimiento de la llamada divina, de la paternidad de Dios.

En primer lugar, **la proposición de la palabra en la Biblia:**

Que un cristiano haya podido escuchar miles de veces la palabra de Cristo sanante, creadora, que le induce a la búsqueda del último lugar, a la despreocupación frente al mañana, a la donación total a quien te pide o te arrebatara los bienes propios, y que siga tan terne en la persecución de dignidad y estima, tan cargado de razón en el reclamo de seguridad y de seguros terrenos, en la defensa de sus propiedades en nombre de la prudencia, de la justicia y aun de la misma caridad, resulta inconcebible, si no fuera la mediocridad, poco menos que constitutiva, arraigada antes del comienzo de la vida estrictamente personal.

)No es verdad que una buena parte de las energías empleadas en el "ejercicio de la caridad" se gastan en impedir que los pobres nos engañen?

Muchas conversaciones con las personas más "caritativas" me recuerdan las cartas del caballero de la tenaza a su amiga: "Hemos venido a ser los dos galanes de

mi bolsa".

Claro, me responden cayéndose bajo el peso de la razón, "hay que administrar prudentemente". Todo para gloria de Dios. Con toda ingenuidad había uno creído en tiempos que había que administrar evangélicamente, dejándose arrebatarse la capa y dando todavía la túnica. Pensaba que el mejor modo de tener era dar, no hurtarse a quien pide prestado, no reclamar el préstamo. Pero ya se comprende que el Señor empleaba géneros literarios y que sus palabras han de someterse al correctivo de nuestra prudencia... Teniendo bien en cuenta que la caridad comienza por uno mismo y que los bienes que nos ofrecen hay que guardarlos para el día de mañana. Y todo eso de los pájaros y los lirios campestres es mera poesía de adorno...

**En segundo lugar, la proposición de la palabra en la Iglesia y por la Iglesia:**

Como Madre de todos, la Iglesia usa dos estilos de expresión. En una línea se dirige a los todavía mediocres o todavía infantiles o adolescentes por fervorosos que sean, proponiendo lo que **ya** puede hacer cualquier cristiano católico. Ello significa que no podemos contar caso por caso con la gracia para superar aquí y ahora los límites de la mediocridad o esperar subitamente el ejercicio adulto por parte del adolescente en la vida cristiana.

Es obligatorio, normalmente, la Misa dominical. No he de pensar que cualquiera comete pecado de omisión, si no asiste a la Misa diaria.

Pero la Iglesia tiene otra manera de expresarse. Nos exhorta, nos induce al crecimiento continuo. Los textos aludidos, por ejemplo los referentes a los santos, a la santidad -en el mismo reciente Concilio- nos manifiestan el deseo de la Iglesia, que es sin duda el deseo del mismo Espíritu Santo.

Pues bien, el mediocre toma como definitivo, como límite, lo que es ofrecimiento para un momento determinado y transitorio en el desarrollo de la personalidad. Y desde allí condena toda superación del

nivel, todo paso de la frontera, todo crecimiento. A lo más concede que algunos privilegiados puedan ser llevados más lejos. Siempre como excepción. No cree en el amor de Dios a cada uno...

La Iglesia nos dice, en textos universalmente asequibles, hablando de los santos:

"Tú nos ofreces el ejemplo de su vida,  
la ayuda de su intercesión  
y la participación en su destino,  
para que animados por su presencia alentadora  
luchemos sin desfallecer en la carrera  
y alcancemos como ellos  
la corona de gloria que no se marchita..."

(Prefacio de los Santos I).

"Ellos nos estimulan con su ejemplo  
en el camino de la vida  
y nos ayudan con su intercesión..."

(Prefacio de los Santos II).

"Fortaleciendo a tu Iglesia  
con el ejemplo de su vida,  
instruyéndola con su palabra  
y protegiéndola con su intercesión".

(Prefacio de Pastores).

La Iglesia nos ofrece a los santos como modelos. Para eso, al menos también para eso, los canoniza. Pero nosotros los tomamos, a lo más, como objeto de admiración, momentánea y estéril.

Nuestra interpretación, sumamente tranquilizadora en apariencia, se basa de nuevo en las fuentes seguras de la mente popular: "Los santos son más para admirar que para imitar".

Lo que significa: No crea Ud., Dios no nos ama para tanto. Dios se complace en criar hijos mediocres, canijos, subnormales, imperfectos... Cristo se dejó matar por los hombres, para que yo permanezca subnormal eternamente, por debajo de mis posibilidades.

Y de nuevo razón suprema: Dios es muy bueno, no exige tanto...

Y desde luego, Dios no exige nada. Simplemente nos ha dado a su Hijo, lo ha entregado a la muerte y con El nos ha dado su Espíritu Santo, para que seamos perfectos, sin más límites que la perfección divina del Padre mismo. Pero eso incluye amar hasta el fin, fuera de los confines. Y ya se ve, es una exageración. Más vale no pensarlo...

Y realmente la vida cristiana nos saca fuera de las fronteras establecidas por los hombres, nos lanza a la realidad -la única- fascinante y tremenda para nosotros.

Ejemplar en este sentido, aunque no considera más que un aspecto, el diálogo del cura rural con la condesa en la novela de Bernanos:

"O Madame! personne ne sait par avance ce qui peut sortir, à la longue, d'une mauvaise pensée. Il en est des mauvaises comme des bonnes: pour mille que le vent emporte, que les ronces étouffent, que le soleil dessèche, une seule pousse des racines. La semence du mal et du bien vole partout... nous fautes cachées empoisonnent l'air que d'autres respirent et tel crime, dont un misérable portait le germe à son insu, n'aurait jamais mûri son fruit, sans ce principe de corruption.

- Ce son des folies, de pures folies, de rêves malsains. (Elle était livide) - Si on pensait à ces choses on ne pourrait pas vivre.

- Je le crois, madame. Je crois que si Dieu nous donnait une idée claire de la solidarité qui nous lie les uns aux autres, dans le bien et dans le mal, nous ne pourrions plus vivre, en effet".

(Nadie sabe de antemano, señora, los resultados que, a la larga, puede producir un mal pensamiento. Existen buenos y malos: por miles que el viento se lleve, que los zarzales ahoguen y que el sol seque, uno solo enraíza La simiente del bien y del mal revolotea por cualquier lado...

Nuestras faltas ocultas envenenan el aire que los

otros respiran y el crimen del que un miserable tiene el germen, aun a su pesar, no germinaría nunca sin ese principio de corrupción.

- Todo esto son locuras, puras locuras, sueños malsanos. (Ella estaba lívida) - Si pensáramos en estas cosas no se podría vivir.

- Lo creo, señora. Creo que si Dios nos diera una idea clara de la solidaridad que nos une los unos a los otros en el bien y en el mal, ciertamente ya no podríamos vivir).

Y el mediocre tiene demasiado asimiento a la vida, aunque ande lamentándose de continuo.

Es cierto, nadie puede ver a Dios y vivir en la tierra.

La Vida ofrecida al cristiano, la Vida que ha costado a Cristo la muerte terrena entre padecimientos espantosos, es divina, indefinida, eterna, universal... Perturbadora de la humanidad en cuanto tal, caída, aun restaurada. Humillante, inaccesible a mis fuerzas... En suma, inadmisibile.

En resumen, por ser criatura, imagen de Dios, el hombre es amor, en relación constitutiva con las Personas divinas y con las personas humanas.

Conocido por el Padre en Cristo, eternamente, el hombre debe ser, no puede ser de otra manera (aunque hubiera acaso podido serlo), hijo del Padre en el Hijo, vivificado por el Espíritu Santo no como solitario, sino como miembro del Cuerpo Místico del Señor. Con El como Cabeza y los demás como miembros del mismo Cuerpo, constituye la imagen divina:

"Padre santo, protege tú mismo a los que me has confiado para que sean uno, como lo somos nosotros...

... que sean todos uno, como tú, Padre, estás conmigo y yo contigo; que también ellos estén con nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste, la de ser uno como lo somos nosotros, yo unido con ellos y tú conmigo, para que queden realizados en la unidad; así sabrá el mundo que tú

me enviaste y que les has amado a ellos como a mí..." (Cfr. Jn. XVII, 12. 21-23).

No puede crecer, operar como le corresponde, sino por la vida de Cristo en él, por la acción del Espíritu Santo, que se "constituye" en alma única de todos los cristianos, haciéndolos una sola cosa con Cristo -el Ungido-, hijos del Padre. Si tienen por "alma" una persona divina, sus operaciones y sus frutos serán indefinidos en todos los aspectos.

El mediocre no reconoce tal verdad. No la niega... la oye y la repite, sin dejarse penetrar por ella.

Estima que su principio está en sí mismo y obra según él. Y naturalmente no puede alcanzar, sino frutos de naturaleza caída...

Quien piensa y quiere vivir en este nivel, aun sin negar explícitamente el otro, ese es el mediocre.

---

#### IV. DEL ORGANISMO ESPIRITUAL DEL MEDIOCRE

Al aproximarnos a escrutar la personalidad del mediocre podríamos entrar en consideraciones metafísicas y ello sería superlativamente provechoso, pero carezco de vagar para ello.

Podríamos analizar ordenadamente uno tras otro los diversos niveles, o como quiera los llamemos, de su personalidad. Y después sintetizar los resultados. Aparentemente obtendríamos una idea más clara, como fruto de un trabajo más lógicamente ordenado. Pero me he vuelto un tanto escéptico sobre parejo orden. El orden es la buena disposición de las cosas, de las ideas. Ahora una disposición es buena o mala, según sea válida o inútil para alcanzar el objetivo propuesto.

Y he llegado hace tiempo a la conclusión de que las ideas aparentemente claras y lógicamente ordenadas no inciden sino en personalidades muy formadas. Exactamente, no inciden sobre el mediocre.

Los autores sagrados, inspirados, sabían bien a quien se dirigían y se guardaron de exponer la Verdad con ideas claras y trabadas lógicamente.

Por lo mismo voy a trazar unos cuantos rasgos de la personalidad del mediocre, precisamente los que creo suficientes para mostrar su carencia de personalidad psicológica. Y no buscando la claridad, que ilumina las ideas, sino la sorpresa, el choque, que vuelve luminosa a la persona que lo recibe. Acaso porque de primeras se revuelve contra el interlocutor.

.- La personalidad del mediocre no alcanza jamás la construcción pertinente. Es una personalidad **pueril**.

Pueril tiene en castellano un cierto matiz peyorativo. Así quiero emplearlo. Frente a la imagen de la infancia, tomada por lo común en buena parte como expresión del "hacerse como niños", viviendo en plena conciencia adulta, madura, la filiación divina, pueril

alude a quien se ha quedado truncado en las primeras etapas del desenvolvimiento personal.

El fundamento de mis apreciaciones lo encuentro, por ejemplo, en I Cor 3,1-4:

"Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podíais soportar. Ni aun lo soportais al presente; pues todavía sois carnales. Porque mientras haya entre vosotros envidias y discordias )no es verdad que sois carnales y vivis a lo humano? Cuando dice uno: "Yo soy de Pablo", y otro: "Yo de Apolo", )no procedeis al modo humano?".

Hablando con exactitud el mediocre es un "alma retardada" y con más precisión aún, un subnormal.

Pues la norma que expresa y realiza la personalidad cristiana es el Espíritu Santo. Y el mediocre no alcanza tal norma ni de pensamiento, ni de conducta.

El niño que a su debido tiempo no alcanza el uso de la razón, es llamado razonablemente subnormal, pese a la realidad personal ontológica. Parejamente el cristiano, que ha recibido en el bautismo al Espíritu Santo como principio de vida y al llegar el momento debido -en este caso ciertamente no tan facilmente determinable- no es capaz aún de ser movido connaturalmente por El, de manera progresiva, sino que permanece bajo el influjo de su propia humanidad, obrando a su manera humana, carnal, ha der ser llamado, con toda propiedad, subnormal. Se encuentra viviendo bajo el nivel de la norma, por bajo del nivel del influjo del Espíritu en cuanto a su modo de vida.

Aunque haya de tratar algo más adelante acerca de la importancia, de la gravedad de ser mediocre, quiero tocarlo ligeramente ahora, en uno de sus resultados más obvios.

Es innegable que buena parte de los problemas de las personas y aun de la sociedad brotan de la desproporción entre la capacidad personal del agente y la

tarea por cumplir. Si un ignorante en medicina hubiera de ejercer en un hospital, sobre todo en cargos de importancia, directivos, no solo acarrearía múltiples daños a los clientes, sino que sufriría perturbaciones muy serias, salvo caso de extrema irresponsabilidad, de genuina degeneración humana.

Pues tal es, innegablemente, la condición de muchedumbre de católicos en la Iglesia. Han de ejercer inexorablemente levantadísimos menesteres de padres, pastores, maestros... Menesteres de adulto en todos los aspectos que puedan considerarse.

Y ellos no son adultos, sino niños. No obran adulta, sino puerilmente. La incapacidad para las tareas se convierte en angustiada...

Verdad que el mediocre suele darse mañas para no caer en mucha angustia.

La tragedia es tanto más dolorosa y más frecuente, por menos eludible, cuanto que la personalidad pueril no se presenta como tal. Disimula en cuanto a la edad, que realmente es de adulto; no pocas veces disimula en cuanto a la edad psicológica, que presenta apariencia de adulto; al menos no se ofrece como evidentemente enferma o subnormal.

Y así un hombre de edad competente, de psicología débil y de vida cristiana pueril, anda intentando desempeñar menesteres que corresponden como los que más a la madurez total: Cronológica, física, psicológica y espiritual.

Los daños son incalculables. Y el ambiente de los "círculos católicos" produce sensación de enfermedad, de debilidad, en mayor grado que los círculos políticos, sociales... meramente naturales, pues la desproporción no puede disimularse.

Debería, he señalado, producirse la situación de angustia intolerable. Pero por lo general, no se produce. El mediocre no alcanza tales niveles de "exageración". Sabe emplear, según hemos aludido, slogans y principios sobradamente tranquilizadores.

**.- Es demasiado irresponsable para angustiarse.**

Siente mediocremente la responsabilidad. Sabe descargarla sobre la sociedad. El pecado social, la corrupción del ambiente... Como si Cristo nos hubiera enviado a evangelizar una sociedad compuesta de santos confirmados en gracia, impecables... Lamentación absolutamente grotesca. )Qué pensaríamos de un médico que afirmara su incapacidad de sanar a un cliente porque está enfermo?

Pero el mediocre carece del sentido de lo grotesco, como del sentido de lo trágico.

.- **Se encuentra privado de sabiduría.** No que todavía no la haya alcanzado; es que la rechaza. No saborea las maravillas de Dios mismo, de sus planes, de su acción misteriosa. Y quiere entenderla, puesto que en Dios no ve sino un objeto captable por sus ideas, por sus actos... Y como no puede, se desentiende o si se ocupa en las actividades propiamente espirituales, las naturaliza.

.- **No vive de esperanza.** Del ardiente deseo confiado. Del hambre y de la sed del Espíritu Santo y santificador, que le hace bienaventurado. Busca su gozo modesto en las cosas de este mundo; en las maneras humanas que estima útiles para acrecentar el Reino divino. Y no espera. Tiene una cachaza impresionante, una frialdad espantosa ante los intereses de Cristo. La desunión de las Iglesias, la desproporción entre católicos y no católicos en el mundo; la descristianización de ciertas regiones; el hambre letal de millones de hombres...

Son problemas que ha de tratar la Jerarquía de la Iglesia, los gobiernos de las naciones, las organizaciones oficiales, civiles o eclesiásticas. Ello permite vivir tranquilo, enternecerse o indignarse a ratos y proseguir su estilo de vida cómodo, limitado, mezquino...

No hay que pedir a Dios milagros. No se puede exigir el heroísmo a nadie. Y en último término, consolación suprema espiritual: (Dios tiene sus planes, cuando El lo permite!

Parece que en los planes de Dios no entre infundirnos la esperanza heroica, que ni es ningún

milagro, ni es ninguna exigencia, sino el don ordinario creciente, de una virtud constitutiva de la vida cristiana.

.- **No vive en el amor.** Puesto que está en gracia, propiamente es amor, e incluso amor divinizado. Pero la caridad no arde en él, su ebullición no resuena, encerrada en los límites impuestos por el egoísmo. Y la caridad así reprimida no se manifiesta ni en el pensamiento, ni en el sentimiento, ni en la operación, tal como es: eterna, personal, universal, poderosísima... dinámica, ilimitadamente dinámica. Pues la medida del amor es amar sin medida. Pero la norma del mediocre es la moderación, es decir, - así entiende la palabra- la medianía, la tibieza.

Por ello en boca del mediocre resuena un rico vocabulario condenatorio: maximalismo, exageración, extravagante, rareza, imprudencia...

La prudencia del mediocre es carnal, correspondiente a su naturaleza caída, apenas restaurada.

Turbia visión, torpe la iniciativa, bajo el impulso divino. Temeroso de las circunstancias. Interpretando lo pasado como definitivamente desvanecido, de ninguna manera ya presente. Olvidado como si no hubiera sido, como irrepetible.

Entendiendo lo venidero como algo que ha de caerle encima irremisiblemente. O viceversa, como algo dominable, que ha de construir por sí mismo, con las propias fuerzas humanas. Las suyas individuales o las sociales del entorno.

De ahí el miedo, la aprensión continua. O la manía de planificación, tan vigente en nuestros días. Manía, locura. Nada hay que rebajar a la fuerza del término.

Con normas, leyes, costumbres bien determinadas. Cambiantes, eso sí, al aire de la moda. Ello incluye cierta contradicción, pero responde al modo humano sujeto a las contradicciones de sus diversos niveles constitutivos.

Leyes, costumbres, bien justificadas por testos

evangélicos, sacrílegamente aducidos. Sacrílegamente: tampoco podemos rebajar nada del vigor del término.

El mediocre es justo. Solo que considera justo lo que puede ser pensado, medido con su propio pensamiento, balanza y medida. Disocia con harta frecuencia y firme convicción la justicia de la caridad. Es más: las contrapone.

No puede entender que la deuda del cristiano es precisamente la caridad. Que cometemos injusticia cuando no amamos al prójimo como le ama Cristo. Pues tal es el amor que le debemos.

Injusto conmigo, enemigo mío es aquél y solamente aquél que no me presta la ayuda que le corresponde prestar como miembro que es del mismo Cuerpo. Quien no ora por mí, no expía mis pecados, no me ofrece su testimonio. Por supuesto ello puede implicar salario, paga, retribución material o, al menos, constatable en el tiempo, la muestra de consideración... Pero eso no pasa de ser la materia del amor debido.

Y que yo ofendo, daño al otro cuando le robo la intercesión, la expiación, el testimonio debido...

Y al hablar del "deber" entiendo lo que le corresponde a uno por su propia realidad personal, con la relación necesaria consigo mismo y con los otros. Brotando siempre de la relación con Cristo.

La justicia no pertenece ante todo al nivel jurídico, ni siquiera al nivel moral, sino al nivel ontológico. Es el dinamismo de la personalidad cristiana en cuanto relativa.

Participación de la justicia divina. Lo que el hombre se debe a sí mismo como imagen de Dios, para el cumplimiento de su personalidad real. Y como el hombre es amor, se halla necesariamente en relación con la totalidad, en relación amorosa, y debe a los otros las operaciones que él mismo precisa para desarrollarse. Por eso no pueden jamás entrar en conflicto real los intereses auténticos de unos y de otros.

Eso es lo justo, lo exacto, lo correspondiente al

propio ser.

Y por otra parte la justicia divina es la misericordia en cuanto justifica, hace justo al que no lo es; acrecienta la justicia, la santidad del justo, del santo.

De donde la justicia es un modo de ejercer la misericordia humana divinizada. Y si incluye objetos, al emplearlos se levanta sobre ellos, levantando al agente y al que recibe la justa operación. Con frutos perceptibles o imperceptibles en la condición terrena.

Pero el mediocre no entiende nada de esto. Para él tal lenguaje es puro galimatías. Es el conflicto ya aludido de San Pablo con los Corintios: humanos, carnales...

.- **La fortaleza** del mediocre es parejamente pueril. Es débil, falto de energías para la operación adulta. Todo lo encuentra inaccesible. Precisa de la protección del rebaño, en el camino bien trillado.

Es frágil, quebradizo. Hay que tratarlo como quien maneja cristal. Se rompe en cuanto tropieza con un pensamiento, un sentimiento, una expresión, una acción vigorosa... Y al romperse corta, hiere... Y antes de romperse es difícil de trato, complicado. No se sabe por dónde abordarle.

Excluye como inadmisibles la ira, salvo dentro de límites muy estrechos.

No sabe cómo arreglárselas con ciertas escenas evangélicas en que Cristo se expresa con ira. La ira para el mediocre es siempre pecado...

Ello no impide que tenga sus estallidos en que la ira le arrastra. Los justifica como puede. Somos humanos...

Saborea deliciosamente la compasión, la comprensión... la admisión de la debilidad, de la fragilidad.

Pero procura que no entre en función... Huye las

situaciones dolorosas. Las evita en su individualidad; intenta evitar el contacto con las penas de los demás.

Por lo común se embota pronto. Acaba viendo impasible los dolores horribles con tal que sean ajenos. No le es difícil. También es mediocre su imaginación, incapaz de universalidad.

En todo caso sus iras y compasiones son momentáneas, huidizas. Estallidos de gritos o gemidos. Tormentas de verano.

Jamás asumidas en la misericordia. No emociones instantáneas, sino sentimientos personales con incidencia en las actitudes personales, permanentes... Que mueve a modos constantes de operación.

En el organismo del cristiano funcionan los llamados dones del Espíritu Santo. Los autores espirituales, los teólogos han elaborado una doctrina, con diversas matizaciones, que sin haber sido nunca definidas, constituyen una explicación muy apta del contenido de la Escritura respecto de la acción del Espíritu Santo en el cristiano. Y tenemos documentos del Magisterio, que avalan tal doctrina y hacen prudente su empleo.

Sea conocida conceptualmente o no lo sea, el adulto cristiano vive de la acción del Espíritu. El mediocre no vive sino bajo los impulsos de su manera humana.

Pese a que realmente el Espíritu habite en él y le establezca en el nivel del ser cristiano.

Así como el niño es realmente una persona humana y no obstante no puede todavía comportarse racionalmente.

---

## V. ALGUNOS RASGOS DEL HACER DEL MEDIOCRE

Tras la precedente descripción del organismo espiritual del mediocre, que he tratado de presentar por notas más que nada sugerentes, voy a ofrecer una runfla de rasgos que determinan su figura y su quehacer.

No sigo orden lógico ninguno. Resultaría probablemente menos sugerente. Y desde luego mucho más enojoso, más pesado... Son consecuencia de todo lo anterior.

Como las operaciones del niño son consecuencia de su totalidad de ser niño, así las maneras del mediocre son consecuentes a su totalidad del modo de ser mediocre. Cada una de ellas se debe a la vez a la mediocridad de su fe, de su esperanza, de su caridad...

El niño tiene rostro de niño, facciones de niño, gestos de niño. El mediocre tiene cara de mediocre, rasgos de mediocre, actos de mediocre. Salvo acciones especiales divinas. Por supuesto.

### **1.- El mediocre vive -más propiamente se desvive- en la superficie.**

Siente horror por lo profundo, por lo radical, por lo total. Teme tropezar enseguida con exigencias penosas.

A lo largo de veinte siglos, muchos autores espirituales, no pocos de ellos canonizados, ofrecidos por la Iglesia como maestros, nos han hablado reiteradamente del "fondo", del "hondón", del "ápice" del alma... )No es sorprendente que se acepte el nombre de psicología de las profundidades para designar la descripción del mundo interior intuitivo, predominantemente impersonal, desordenado?

### **2.- El concepto y el sentimiento de la realidad**

)No resulta grotesco que se afirme una y otra vez que llegamos a Dios por las cosas?

Pues a Dios no subimos, sino que Dios viene a nosotros, "bajando", si queremos emplear esta manera de hablar.

Y el absurdo alcanza su máxima altura, cuando se afirma que para llegar a Dios "hay que partir de la realidad". Pues partir de un lugar significa abandonarlo para ir a otro. Partir de la realidad no puede expresarse sino que salimos de lo real para entrar en lo irreal. Es decir, que Dios carece de realidad.

O estamos en la cumbre de la mística, hablando de super- realidad o algo por el estilo, o estamos -y ahí estamos- en pleno absurdo, en medio de la necia mediocridad humana, que identifica lo real con lo constatable por los sentidos y por la razón.

Temblad ante quien se afirma como "realista". No percibe más allá de sus sentidos, sus estadísticas, sus anécdotas, sus casos conocidos...

No capta porque no es captado por el Espíritu- lo universal, lo eterno, la identidad última operante, creadora, santificante... personal, divina.

"...human kind

Cannot bear very much reality

Time past and time future

What might have been and what has been

Point to one end, which is always present".

(Eliot).

(... la especie humana

no puede soportar mucha realidad.

El tiempo pasado y el tiempo futuro

lo que podía haber sido y lo que ha sido

apuntan a un solo fin, que está siempre presente).

De ahí que la caridad, constreñida en su realización, incluso en su conceptualización, a lo hacedero y pensable por el hombre necio, miope, débil, quebradizo... se torna en atención a lo corporal y socialmente cercano.

No busca "aproximarse", caer en la cuenta de la

proximidad, de la identificación mística, por encima del espacio y del tiempo. La caridad se convierte en agradar al corporalmente vecino...

Slogan social: "Sonría Ud., por favor".

Ya se entiende que Cristo no alcanzó tales delicadezas. Por humildad sin duda, naciendo en un mundo bárbaro. La aparición de Jesús desencadena sinsabores: Dudas de San José, anuncio de Simeón, emigración a Egipto, matanza de niños inocentes, angustias de la búsqueda del niño desaparecido.

Muy lejos de "agradar al prójimo", del "sonría, por favor".

**3.- El juicio sobre el valor del hombre es movedizo,** depende del momento, del tono de la conversación.

La dignidad humana es excelsa. Amar al hombre por Dios sería faltar al respeto al hombre. La condenación eterna es inconcebible. (Sufrir sin remisión una persona humana! Inaceptable la creencia en un Dios que castiga eternamente. Más aún, inaceptable un Dios que permite el sufrimiento de los niños, de los hombres...

En consecuencia se procura impedir el nacimiento de personas humanas, se elimina a los débiles, se promueven anticonceptivos, se justifica el aborto, se propicia el abandono de los enfermos y de los ancianos, se favorece la eutanasia. Y se vive -si eso es vivir- en perpetuo pecado de omisión -y a mi entender pecado objetivamente mortal-, permitiendo que mueran cada año unas cuantas personas cuya muerte ciertamente podría evitar ahora si yo rebajara un poco el nivel de mis comodidades materiales y de mis conveniencias en el trato social.

Es decir en nuestros países se vive en perpetua situación de asesinato por omisión.

Pero basta con no comentarlo, con mirar en torno nuestro a las personas de buena conciencia, de comunión diaria, para tranquilizar nuestra conciencia.

"El que teniendo con que vivir en este mundo ve a su hermano pasar necesidad y le cierra las entrañas )cómo diremos que la caridad de Dios habita en él?"

Y si no habita la caridad, )no está en pecado mortal?

Y a veces habita ciertamente, como la razón en el niño de pecho. (Cuántas sutilezas emplea el género humano para evadirse de la realidad evidente, pero insoportable para él!

Si no recuerdo mal, es San Agustín quien refiere cómo los espectadores rompieron a llorar en el teatro al escuchar la frase de Terencio:

"Homo sum: humani nihil a me alienum puto".  
(Hombre soy: Nada humano me es ajeno).

Pero la sociedad de apóstatas y mediocres en que cuasi-vivimos no sabe ya lo que es humano. Tiene velados los ojos del corazón con sus fraseologías. Cree que vive la verdad porque la enuncia y la razona.

Y el cristiano mediocre no sobrepasa tal nivel. Inferior muchas veces al nivel pagano, que por lo menos no estaba impregnado de apostasía.

Y es que en esas honduras que estudia la profundísima sicología moderna el hombre está saturado de la sensación que hace no tantos años describía Eliot en su poema de éxito superlativo:

"We are the hollow men  
We are the stuffed men  
Leaning together  
Headpiece filled with straw. Alas!  
Our dried voices, when  
We whisper together  
Are quiet and meaningless  
As wind in dry grass  
Or rats feet over broken glass  
In our dry cellar.

Shape without form, shade without colour  
Paralysed force, gesture without motion:

Those who have crossed  
 With direct eyes, to deathls other Kingdom  
 Remember us -if at all- not as lost  
 Violent souls, but only  
 As the hollow men  
 The stuffed men".

(Somos los hombres huecos  
 somos los hombres rellenos  
 apoyados uno en otro  
 la mollera llena de paja. (Ay!  
 Nuestras voces reseca, cuando  
 susurramos juntos  
 son tranquilas y sin significado  
 como viento en hierba seca  
 o patas de rata sobre cristal roto  
 en la bodega seca de nuestra provisiones.

Figura sin forma, sombra sin color,  
 fuerza paralizada, gesto sin movimiento;

Los que han cruzado  
 con los ojos derechos, al otro Reino de la muerte  
 nos recuerdan -si es que nos recuerdan- no  
 como perdidas almas violentas, sino sólo  
 como los hombres huecos  
 los hombres rellenos).

El hombre se experimenta hueco, relleno y  
 naturalmente no puede amarse a sí mismo, ni  
 consiguientemente amar a otro. No hay prójimo: )Para qué  
 se aproximaría a semejante oquedad?

Porque no puede experimentarse amado por Cristo,  
 fuente de todo amor.

Y como no soporta tal realidad, se ofusca con  
 palabras.

Y sustituye la proximidad personal con la  
 promiscuidad corporal. El amor de la voluntad personal,  
 por los deleites de la cercanía individual, de los  
 sentidos.

Por lo mismo en otro momento, la misma persona te

asegura que un hombre no puede condenarse, porque (es tan poca cosa!

Un dramaturgo, totalmente olvidado, pero muy de moda hace unos 50 años, escribía y hacía representar con buen éxito de público su obra "Como hormigas". El hombre ante Dios es como la hormiga ante el hombre. Si el hombre es compasivo, ¿cómo aplastaría a la trabajadora hormiguilla? (Y Dios es tan bueno! Tan bueno que no ha sido capaz de crear una imagen valiosa, responsable...

(Cuantos medios de evasión conoce el mediocre!

Las relaciones humanas se convierten en casi meramente animales.

Si por tomar un ejemplo muy importante y significativo, pensamos en los problemas del matrimonio, observaremos que su mayoría brotan de la identificación incluso conceptual entre amor y simultaneidad en el gozo. No solo gozo sexual, sino corporal, sensible: comodidad material, bienestar social, satisfacción de las vanidades...

Lo que por otra parte, con mucha sorpresa de no pocos, ha abierto la puerta inevitablemente a la aprobación de la homosexualidad, victoriosa en nuestras sociedades.

Mientras el cristiano identifica el "ve a su prójimo padecer necesidad" con el contacto material con el ya moribundo y el "tiene con que vivir" con la sobra de medios económicos o valores naturales, no espere se solucionen los problemas de la familia.

Si apoyado en mi mediocridad me evado del cumplimiento de la palabra de Dios por temor a las dificultades que me señalan mi penuria de fe, los demás se evadirán del cumplimiento de otras palabras por los mismos motivos.

**4.- El mediocre limita sus aspiraciones a no traspasar las leyes escritas.**

Su generosidad se orienta a investigar lo que "es

pecado". Pecado mortal, por supuesto, aunque hayamos alcanzado ciertas cotas en que se volatiliza la realidad del pecado y de la muerte espiritual. Pues el pecado no se experimenta sino desde la sabiduría de la fe y de la caridad. Sabiduría que nos hace gustar el mandato divino como más dulce que la miel, y el pecado como extrema amargura.

Desde luego no considera el pecado venial. Eso carece de importancia. Por lo demás no lo perpetra nunca. El mediocre tiene, eso sí, "faltas". Porque el mediocre es eximio en el arte del eufemismo tranquilizador.

Por lo demás, como Dios ama tanto a los hombres, solo es pecado lo que daña al hombre. Y al hombre sólo le daña lo que le molesta, lo que le hiere. Salvo que le convenga para su educación humana. Lo que sucede siempre que me conviene a mí para mi humana comodidad. Que casi nunca sobrepasa el nivel de lo corporal, de los sentidos.

Por ejemplo, la no asistencia a la Misa, ¿a quién daña? Los pecados sexuales -salvo caso de violencia-, ¿a quién dañan? "Voy a usar anticonceptivos, con eso no hago daño a nadie". ¿A quién pueden dañar los pecados solitarios, los actos homosexuales?

Si me piden limosna, aparte del enorme peligro de que me engañen, al cual creo haber aludido arriba, he de tener cuidado, pues si cedo a la petición corro el bravísimo riesgo de dañar a quien recibe la limosna: "Hay que educar a los pobres". En estos momentos se despierta un ansia pedagógica irreprimible. Es verdad que a veces puedo engañarme yo y dejar morir de hambre o padecer sufrimientos espantosos al material o personalmente pobre, tarado. Pero eso es un riesgo que hay que correr. Y además ¿no tenemos que morir? El riesgo cierto es que yo no podría tener un piso decente, una televisión en color, un coche, un veraneo... Todo lo cual es absolutamente necesario para promover el reino de Dios, como lo prueban las biografías de los santos, que se han desentendido de los demás para cuidar de su propia formación en la comodidad... Y luego Dios no pide heroísmos, no pide tanto.

Argumento muy característico, ya comentado.

## 5.- Vocabulario del mediocre.

Aunque pueda parecer trivial, yo, que al cabo soy quien escribo, lo estimo sobremanera importante por significativo. El vocabulario del mediocre -tomado del ambiente en que vegeta- es curiosamente contradictorio.

De siempre en una época en que se aplaude todo escrito en la línea del "Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea", el modelo de hombre es "el cortesano" y el manual del caballero es el libro de Castiglione, traducido por Boscán.

La ciudad es un centro de corrupción... pero el modelo de la conducta es la urbanidad. Hombre cumplido es el hombre civilizado.

Los modos de la aldea, del campo, incluso del obrero, son toscos, inadmisibles...

No hay duda que la moderación es una cualidad. Pero moderar significa poner modo, el modo adecuado. Sin embargo, la debilidad y la fragilidad y la necedad humana ambiente han convertido moderado en mediocre; voz moderada significa para los oyentes voz baja, que no hiera los oídos. Y si es Ud. sordo, no aparezca en sociedad, no lo exprese, que molesta a los que se encuentran satisfechos. Estos salmos de angustia que se expresan en gritos - así explícitamente- y que hay que recitar con voz moderada...

Cuando uno lee -ya lo he recordado- la Biblia o la Iliada o los trágicos griegos, entra en un mundo donde el hombre se expresa como hombre. Moderando las expresiones según las realidades que expresan. (Los aullidos de Aquiles, sus gritos de lamentación! (EL grito del salmista desde el abismo! (Epocas toscas, sin educación!

(Qué instructivo sería un análisis de las "buenas formas" de la sociedad! Que han motivado que aquellos que por lo menos tienen alguna capacidad personal rechacen toda forma, toda configuración. Y claro, otra muchedumbre los imita.

Las buenas formas extán excogitadas, en buena parte, para proteger la debilidad y la fragilidad de los "bien educados". Para evitarse molestias mutuas; para darse la impresión, que rara vez engaña, de un interés, de un apoyo mutuo inexistentes.

La persona "bien educada" sabe no herir nunca al vidrioso que tiene frente a sí. Jesús hablaba duramente, muy duramente, muy hirientemente; pero pertenecía a otra época sin educación. Su humillación le hizo un hombre de pueblo... (Si hubiera nacido ahora, en nuestra Europa supercivilizada!

Tales buenas formas desarrollan indefinidamente la superficialidad, y la disociación entre las manifestaciones y la realidad interior. Nada se educa del núcleo personal; viceversa, se habitúa al "educado" a ocultarlo, a reprimirlo, empleando lo exterior, lo pegadizo, lo adquirido de ajenas superficies.

Piensa, te suplico, porque el asunto en su apariencia cómica, vela honduras muy trágicas.

Piensa

"mediocre lecteur, mon semblabe, mon frère!

La caridad, el sentimiento de humanidad hace sentir como propias las penas y las alegrías de quienquiera.

Consigüentemente me lleva a desear conocerlas.

Por lo tanto me induce a preguntarlas...

El hombre "bien educado" te preguntará por tu salud. La expresión de interés te hará creer que le interesa mucho y entonces tú le informas cuidadosamente, con un historial médico lo más completo posible de síntomas, médicos, medicaciones, consultas, fechas...

Apenas el investigador advierte el sentido de tu respuesta inicia el gesto de aburrimiento. Y un instante después recuerda que tiene por despachar un asunto urgente... (No hay nada como los recuerdos propios para avivar la memoria ajena!

Si le interesaba tanto, ¿por qué no atiende? Y si no le interesa, ¿por qué pregunta?

Por supuesto, un rato después comentará, impregnado de cariño, tu pesadez de conversador y tu tendencia a las aprensiones.

Y por supuesto quien tiene caridad y ama al prójimo como a sí mismo toma tus situaciones como pertinentes a él; pero no necesariamente ha de enterarse de cada aspecto, como no se para nunca en las situaciones individuales tuyas.

Y desde luego el mediocre no se cuida de los sufrimientos reales que claman en torno suyo. No es de buen tono demorarse en tales conversaciones, que hieren los corazones sensibles.

Hemos aludido a las buenas formas. El vocablo nos ofrece ocasión para reafirmarnos en nuestro juicio.

Forma significa ante todo el principio activo que da a la cosa su entidad, la constituye en el nivel del ser.

La forma humana es el alma, el espíritu que anima y hace que el hombre sea hombre.

Y llamamos forma a la figura, a lo perceptible, no a la realidad interior, no constatable.

...La debilidad del mediocre le induce a la búsqueda ansiosa de instrumentos en que apoyarse.

Pues el débil capta difusamente su debilidad y como tiene que defenderse de ella -y el mediocre no suele angustiarse- se vuelve a los utensilios que potencian su capacidad de actividad controlable, comprobable y le dan la sensación de "poder", de fuerza.

Precisa de experiencia, de dominio. Mucho mejor si reconocida por la sociedad ambiente.

Y se desarrolla todo un proceso despersonalizador.

La realidad -que ya hemos dicho no soporta- podría enunciarse en grueso de la siguiente manera:

El hombre sabe que por sí es nada, que es fruto de la creación y la acción perficiente de unas Personas divinas que le aman en el hombre Cristo. Lo amado es su ser personal: un ser real, pero creado y por consiguiente en relación, dotado de unas facultades operativas, que se ejercitan, que producen frutos interiores y resultados exteriores, que para ello emplean objetos, instrumentos, que pueden suscitar en otras personas reacciones diversas...

La línea de desarrollo consciente es la propuesta. Desde luego con muchas matizaciones.

La línea del desarrollo aparente -que no real- es la contraria:

El hombre busca la aprobación de los otros, para ello emplea los instrumentos estimados útiles para conseguirla, sobreestima los frutos exteriores, valora insuficientemente el desarrollo de sus potencias, no tiene en cuenta para nada el desarrollo de su núcleo personal, en las raíces incontrolables de las llamadas potencias, olvida la relación pasivo-activa con las Personas divinas o, a lo más, las yuxtapone si se trata del mediocre piadoso.

En el nivel intelectual, lo mismo:

Busco la aprobación ajena, el aplauso de los críticos, del público. Para ello he de producir una obra externa perceptible: una exposición oral, un libro... Escribamos un libro.

Lo estimado actualmente es lo "científico". Abastémolo de citas, bien verificadas: frases, ediciones, fechas...

Para ello es preciso de muchos artefactos, libros a mano, máquina de escribir, buena luz... dinero, por supuesto, cierta holgura económica...

Tengo en la cabeza un repertorio de conocimientos.

Y hasta puedo alcanzar a formar un "sistema".

Todo ello, labor de asentaderas, de lucimientos. Sin originalidad. Se ha producido un libro sin apenas ejercicio de la personalidad. Ni una idea original: O repito las ya dadas, o contradigo las ya dadas, que es lo mismo...

A veces pienso que San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Platón... no valen la pena de ser leídos. (Qué pobreza de citas! (Qué de inexactitudes! (Qué de frases mal compuestas!

Las personas que habiéndose evadido de la mediocridad, siquiera parcialmente, atentas a la obra divina en ellas, han producido un escrito, son la desesperación y el gozo de los comentaristas. Que han de sudar para encontrar los rastros de sus fuentes y que sin embargo con ello pueden escribir sus libros... más leídos que los mismos autores comentados. Porque están más al alcance de la mediocridad.

El libro así escrito es un instrumento para otro libro; no es la expresión de una personalidad que entra en conversación con el lector.

Pues un hombre de verdad no escribe sobre algo, sino para alguien, para expresarse a sí mismo o para comunicarse con alguien.

Las expresiones son externas, desde luego. Y están impresas. Pero un libro no es un utensilio. Como una carta de una madre no es un papel escrito: es una carta grávida del amor personal de la madre, que, si es leída por un hijo, suscita vida filial... continua la acción maternal iniciada al dar la vida.

Epitafio de un hombre inútil: "Murió sin engendrar un hijo, sin plantar un árbol, sin escribir un libro..."

Es decir sin dejar un artefacto.

Esto es exactamente lo que hizo nuestro Señor Jesucristo, que es la Vida misma...

El ansia de dominio para comprobarse a sí mismo,

por la experiencia del artefacto y la recepción de la alabanza, nos lleva a sobreestimar el artefacto por encima de la persona.

Algunos comunistas expresaban su reprobación de las campañas de control de la natalidad: "un niño es una boca y dos manos".

Y esto lo llevamos a todo. La vida cristiana se estima muy frecuentemente por las realizaciones exteriores.

Dios, desde luego, emplea con los hombres ciertos modos también humanos. Rechazarlos es evidentemente rechazar a Dios mismo, su comunicación.

Pero valorar la relación con Dios en proporción a los medios es lo constitutivo de la actitud farisaica. Y ciertamente el fariseo es un espécimen de la mediocridad.

Métodos, maneras, gestos y expresiones controlables constituyen el hechizo del mediocre.

El mediocre puede apoyarse en el grupo. Cree ser el hombre de la comunidad, pero dado que la comunidad se constituye de personas, en realidad es incapaz de vivir en ella.

Frente a la comunidad constituida por personas en la que prima consiguientemente lo invisible, lo experimentado como don, como sólo debilmente controlable, pues la comunicación tiene siempre su origen permanente, no remoto, en la comunidad primera y última divina; el mediocre ama el grupo totalmente constatable, con señales infalibles para su razón y sus sentidos. El signo no es signo de nada, sino viceversa, es lo que forma la comunidad. Por eso los grupos se forman también realmente, se vuelven unos contra otros. No pueden entender que venga del Espíritu Santo lo que ellos no son capaces de dominar. El método, el lugar, la figura, la hora, el día es lo incluyente o excluyente.

No pocas veces he oído que el sacerdote precisa de una comunidad para realizarse. Cuando he intentado oponer el sentido captado -necesidad de un grupo particularizado- que efectivamente el sacerdote precisa

de la Iglesia universal: en el cielo, en el purgatorio y en la tierra, inmediatamente he visto desencadenarse la ira del desconcertado interlocutor.

El hombre se mide entonces por la cantidad de artefactos que produce bien visibles y mucho mejor si son estimados en su tiempo, en su lugar y en su ambiente.

Y viene el incordio del artefacto.

El hombre se valora por lo que hace y no por lo que es. Y como lo que hace se cotiza, acaba siendo estimado por lo que tiene... incluso si no ha hecho nada en ningún sentido.

Podríamos establecer una línea de valores reales: el núcleo personal, cuya última responsabilidad atañe a Dios mismo, con sus operaciones misteriosas y sus frutos no menos misteriosos, que en casos extremos -pero en absoluto escasos ni aun numericamente- son totalmente incontrolables: los locos, los subnormales, en cierto sentido los paganos o pertenecientes a otras religiones. (Qué desconcierto que un pagano, un musulmán, pueda alcanzar contactos reales con Dios mismo, cuando no tenemos el control de las confesiones, las comuniones o siquiera el bautismo... Y nada digo de los enfermos mentales en los cuales nada podemos controlar... Si están bautizados los mandamos al cielo por tontos, que no deja de ser un modo de entrada algo triste y desde luego superlativamente impersonal.

Ello nos lleva desde luego a declarar extraordinaria la vida mística precisamente y sobre todo en su constitución interior. Todavía un éxtasis -que es lo realmente "extraordinario"- puede controlarse; pero la acción mística divina escapa totalmente a nuestro dominio...

El núcleo personal obra por las facultades; las facultades se ejercitan en lo interior -en lo interior de la persona y por ello en lo interior de la Iglesia misma-; vienen luego los artefactos interiores: esquemas de pensamiento, sistema de volición, de sentimientos; y luego (por fin! los artefactos exteriores: el discurso, el libro, la organización, el edificio... Ahí nos encontramos en nuestro terreno.

La mayor parte de nuestras conversaciones versan sobre tales artefactos. Según los cuales nos juzgamos y juzgamos a los demás: el artefacto sustituye a la persona, independientemente de la personalidad que presupongan y de la carga personal que difundan. Que es precisamente lo que construye la sociedad.

No es característico que un estudiante católico aspire, ante todo a "dominar" los temas, las asignaturas. )No debería esperar ser más introducido en el dominio del único Señor, ser más dominado por El, con ocasión y aun por medio, si así lo quieren, de aquellos temas de revelación que componen la asignatura al caso? Pero es que su dominio puede ser controlado, manifestado, aplaudido... y eso viene a ser entonces el objetivo del pretendido estudiante. Con lo cual, inevitablemente, la contemplación pasa a último término, si no queda de hecho -y no pocas veces de derecho- eliminada...

La estima primaria del artefacto concluye en la estima de la organización. Me explico, porque el lenguaje es un tanto propio, creo.

Distingo entre organización y organismo.

Organismo es lo que va produciendo el elemento formal en un ser determinado. Su forma real, frente a la figura consecuente e incluso posiblemente interrumpida por accidente extrínseco, que puede sin dificultad ser muy frecuente.

El organismo viene dado por Dios en su acción continua creadora de santidad.

Llamo organización a lo que el hombre construye según su plan previo. Construir un organismo integra la colaboración del hombre con Dios. Integra, pues, ante todo la contemplación, contemplación atenta, ininterrumpida, a la acción divina. Atención sabrosa (dulce o amarga según nos sea dada en la tierra), asombrada, a Dios mismo y en Dios, a su actividad. En la contemplación desinteresada vamos siendo vivificados respecto del pensamiento, de la voluntad, del sentimiento, de la sensibilidad y hasta de los

movimientos corporales, según la vocación que Dios mismo nos ha señalado, dentro del organismo único y universal y eterno que es el Cuerpo Místico.

Acudimos principalmente sabiendo, con conocimiento sabroso que estamos en el principio, en la raíz, a las Personas divinas que se nos revelan en CRISTO, y sabemos -conocimiento sabroso- que Él nos ilumina mediante inspiraciones interiores y signos externos cuya interpretación recta nos comunica Él mismo.

Y vamos obrando, con plena conciencia de pasividad -activa, con plena paz en la obediencia objetivamente más desconcertante para la mente carnal, sin adelantarnos a sus planes, sin angustiarse por la previsión imprudente de los artefactos que de una manera u otra, habrán de seguirse pronto o tarde, visible o invisiblemente...

El organizador construye según un plan previo que tiene bien dominado. Y se desconcierta en cuanto se le atraviesa una dificultad para sus objetivos bien planeados, en cuanto al tiempo, el lugar y los modos y los instrumentos...

Una organización católica se parece como una gota de agua a otra o una organización no católica. Y ello no parece muy concorde con ciertas expresiones de nuestro Señor: "Si saludáis a los que os saludan..."

Pero ya comprendo que no alcanzo a entender tales expresiones, porque soy muy mal organizador...

El organizador intelectual tiende sobre todo a tener un sistema de pensamientos en la cabeza. Más o menos ya sabe cómo debe hacerlo -aunque generalmente no lo haga y ello por culpa ajena casi siempre. Primero se estudia tema por tema en un trabajo - molesto, desde luego, pero hay que pensar que hay que poner de nuestra parte y ello cuanto más duro mejor, porque el cristiano tiene que sufrir con Cristo. Luego que ha analizado todo, viene la síntesis... Que, ya he dicho, no suele venir. Porque al cristiano le gusta hablar de la cruz, pero no le gusta llevarla. La cruz supone un valor propio, y por eso se proclama la dificultad de ser cristiano: "Vea Vd. lo fuerte que soy... Pero luego pesa demasiado para el vigor humano... y uno se descarga de ella en cuanto

puede.

Por supuesto el sistemático vive agarrado a su sistema, constituido siempre por expresiones tangibles o por lo menos perceptibles por el oído (pero, ¿es que la fe no entra por el oído?). Las formulaciones más discutibles se constituyen para él en indisputables y desde ellas piensa, siente e intenta obrar... aunque a esto no siempre llega o más bien no llega nunca...

Las mismas expresiones dogmáticas las entiende como adecuadas y definitivas, pero de ninguna manera como fuentes de vida, por lo demás siempre inadecuadas. Y pasan a ser dogmas no las expresiones de la Iglesia, sino su modo de entenderlas...

El progreso de la Iglesia pasa así a ser una especie de cambio continuo. A modo de progreso material, al ritmo de los tiempos y no al ritmo del Espíritu.

Lo esencial para él, es el sistema, las ideas claras, organizadas ... casi siempre muertas... Ni le santifican a él, ni producen ideas nuevas. Siendo así que una característica del cristianismo es la novedad...

Y es que lo esencial no es el sistema, la síntesis fruto del análisis, sino la actitud personal bajo la iluminación vivificante del Espíritu. Actitud previa al mismo sistema, que entonces resulta real, pero limitado, instrumento, no principio, dominado; ante todo no por él sistematizados, sino por el Espíritu Santo, que emplea la colaboración de la Iglesia, en unos aspectos de los miembros de la jerarquía, en otros de los - digamos estudiosos - los letrados de Santa Teresa-, en otros de los santos -los que tienen experiencia, la misma santa Teresa, por ejemplo, cuando relata cierta conversación con san Pedro de Alcántara.

En el campo, digamos práctico, tenemos la multitud de organizaciones pastorales. Ya he aludido al tema: el hombre lleva en la cabeza su organización y la planta tal cual y todos han de entrar en ella.

Cuenta López Ibor, con no poca sorna, que un psiquiatra norteamericano tenía en su cabeza el siguiente

razonamiento con su conclusión práctica: "El psicoanálisis es el medio de construir la personalidad humana". Luego si todos los norteamericanos fueran psicoanalizados, todos los norteamericanos alcanzarían el grado de madurez necesario para vivir con plena personalidad sana y obrar en consecuencia. Es así que Norteamérica es la nación más poderosa del mundo. Luego si todos los norteamericanos fueran psicoanalizados, el mundo podría quedar sanado y reconstruido en plena salud humana en pocos años. Es así que un psicoanálisis viene a costar tanto dinero. Es así que los norteamericanos que hay que analizar son tantos millones...

Luego con un gasto de tanto dinero -previa multiplicación, fácil con un artefacto de uso también fácil- el mundo entero quedaría perfectamente organizado por tal precio...

"Risum teneatis" (contened la risa)... porque literalmente, salvo el coste, he escuchado exactamente lo mismo respecto de cierto movimiento apostólico de no muy larga vida y de nuestra nación, que es si duda la más poderosa en los campos del cristianismo... Y en último término cualquier organizador tiene en su obtusa cabeza parejo razonamiento, aunque sólo sea más modestamente, respecto de su parroquia o de su diócesis...

Conocemos los medios y las maneras y los modos, si los empleamos bien, han de producir exactamente tales frutos...

Y naturalmente viene el desconcierto más absoluto. Aun en la vida de cada uno.

Existen tales sacramentos -existen tales métodos de oración, con su tiempo señalado, tales métodos de dirección, tales oraciones vocales... luego si los empleo, infaliblemente he de ser santo... Y naturalmente viene el desconcierto más absoluto.

Confieso todas las semanas, participo en la Misa y comulgo todos los días, rezo el santo Rosario y el Angelus, hago lectura espiritual, voy a ver al director espiritual dos veces al mes, hago mi examen de conciencia diario, incluso hago dos, uno general y otro particular. Uso, moderadamente, como se debe, porque la exageración

es reprobable y además las penitencias son muy peligrosas para la humildad y para la salud- de los instrumentos clásicos... luego a todo tardar al año que viene soy casi un santo... Y si no procuro creérmelo, porque es imposible que yo ponga tales medios y no me santifique... Y olvida que todo esto se parece mucho a la oración del fariseo...

Desde luego para otros no se trata de estos medios, sino de medios diversos: estoy entregado al prójimo, tengo varias horas de reuniones pastorales, dedico otras cuantas "a estar al día" viendo la televisión y leyendo diarios... luego, dentro de nada soy un cristiano comprometido, que es la expresión moderna de la santidad, palabra ya pasada de moda...

Porque aunque la tentación y aun la caída sean muy antiguas, está en plena moda la planificación y la organización...

A todos estos insensatos no se les ha pasado por la imaginación que sigue siendo palabra de Dios: "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas. Es inútil que madruguéis, que retraséis el descanso, que comáis un pan de fatiga: (Si Dios lo da a sus amigos mientras duermen!"

Todo organizador, en el campo que sea, olvida que lo que construye una persona no es la multiplicación de sus artefactos, sino el ejercicio de su personalidad y que eso tiene por ingrediente principal -original, insustituible- la contemplación progresivamente creciente hasta llegar a la continuidad estricta- de Cristo que vive en mí.

El tal organizador es un insensato, no tiene el sentido de la realidad, el sentido de Cristo... que le está creando en santidad sin interrupción...

El hombre mediocre, precisamente porque es frágil, al llegar a la juventud, cronológicamente hablando, tiene ya muchas fisuras. Por eso mismo es más sensible todavía al dolor, pues las fisuras en la personalidad son heridas, llagas, inevitablemente dolorosas.

El mediocre no se encuentra en sintonía con la obra de las Personas divinas. Por ello se deja llevar de la tendencia a la disociación, la proyecta sobre el mundo y elige como principal un campo muy determinado, cuya consonancia con los demás no percibe o percibe muy débilmente.

Es el campo que él domina y en el cual por lo mismo, encuentra apoyo...

Por supuesto tales fisuras influyen en todas las actitudes señaladas o por señalar...

Por debilidad, por fragilidad, por disociación, el mediocre se encuentra impotente frente a la realidad, según había señalado antes y en suma, él mismo es muy poco real, su figura es más bien irreal y así se encuentra a sí mismo como un hombre hueco.

No distingue la realidad de la irrealidad, la verdad de la mentira, ni en sus aspectos ontológicos ni en el sentido gnoseológico. Confinado en ciertos aspectos, y a veces en los menos en importancia y número atribuye a la totalidad lo que solamente es cierto de la parte; a la continuidad, lo que es propio del momento.

Así viene la aplicación a la persona de cualidades o defectos que hay en ella. Es significativo que sólo se salva el campo de lo perceptible por los sentidos. Nadie afirma que una persona cuyos rasgos se encuentren deformados sea bella. No hay falsedad alguna en decir: tal persona es fea, sin embargo tiene unos ojos muy bonitos.

Mas en cuanto cruzamos los confines de lo fácilmente sensible comenzamos a disparatar: Unamuno tenía mucha personalidad. Perdón: D. Miguel de Unamuno podía tener muchísima personalidad, pero en ese caso la ocultaba cuidadosamente, sin duda por humildad. Su imagen, la que él ofrece en sus escritos, es la de una carencia absoluta de personalidad. Posee algunos rasgos muy intensos de personalidad, en feísima desarmonía con otros. Es una individualidad poderosa. Y Dios quiera que ahora, en espera de la resurrección, posea un espíritu purificado, armonizado, capaz de crear un cuerpo

hermosísimo en la futura resurrección...

Hay una contraposición entre la formación de la personalidad y la obediencia. Perdón: eso es metafísicamente imposible. Que uno escuche la palabra creadora divina -eso es obedecer- y se le dificulte el desarrollo personal, es absolutamente contradictorio.

Muchos sabios no han creído en Dios... Perdón: es metafísicamente imposible. Sabio es el que ha recibido el sentido de la realidad y por tanto el sentido de la divinidad. Lo que sucede es que la persona a la que Vd. se refiere era sabio en tal o cual materia. Sabía mucha biología o arquitectura o entendía extensamente el arte culinaria. Pero personalmente no es sabio, sino insensato. Al menos así hablan de consumo todos los libros inspirados...

Es curioso, los antiguos andaban más iluminados que nosotros, de modo que nos resulta hoy más peligroso que hace siglos el dialogar, pues por lo general los llamados diálogos engendran muchas confusiones personales...

Para Cicerón ni siquiera se podía ser orador sin el fundamento de la personalidad íntegra: "vir bonus dicendi peritus..." (hombre bueno y que sabe hablar). Perfectamente pensado y expresado. Todavía no hace tanto, un dictador español, D. Miguel Primo de Rivera, imponía una multa a D. Ramón del Valle-Inclán, distinguiendo campos: el eximio escritor y extravagante ciudadano...

Ahora no tenemos tiempo para tales disquisiciones...

Es un hombre muy práctico. Perdón: como hombre no es práctico en absoluto, no es capaz de recibir e imponer una forma humana en sí mismo y en su entorno. Es un hombre que tiene capacidad para realizar cierto tipo de acciones y en ese terreno es muy práctico. )No resulta chocante que los católicos, que debemos estar dispuestos a dar la vida por mantener que conocemos rectamente la realidad, que pensamos rectamente, llamemos ortodoxos a un amplio sector de hermanos a quienes juzgamos equivocados?

Nuestras adjetivaciones, nuestro uso de los adverbios anda por los mismos tortuosos derroteros. )Qué significa la obra bien hecha?.

Si la obra -el artefacto- es algo esencialmente relativo, el bien o el mal, la calificación positiva o peyorativa deberá dársele en función de su relación con el principio y con el fin. Pero eso supondría un ejercicio demasiado personal: Habría que pensar -horrible tarea- teniendo en cuenta muchos aspectos... Y luego habría que tener la humildad de reconocer que, puesto que aguantamos poca realidad, debemos limitar el juicio. Cosa muy conforme con el Evangelio.

"Los monjes de este monasterio rezan muy bien". Perdón: los monjes cantan bien, rezar es otra cosa, que escapa a nuestro juicio, por personal y por misteriosa...

Tal persona es muy desordenada: el orden es la disposición de las acciones -principalmente de las interiores, de las más principalmente personales y de los artefactos- en relación con un principio y un fin. Para el cristiano el principio y el fin es el Padre mismo, y el principio inmediato, la caridad... Las consecuencias son con mucha frecuencia desconcertantes.

Por lo común tomamos las palabras en sus acepciones más superficiales y más a la moda del momento.

Conmover debería significar poner en movimiento la personalidad; de hecho uno se conmueve ante un dolor o ante un pecado, entra en ira o compasión y se queda intacto.

(Qué deterioro del lenguaje y del pensamiento y de la personalidad en último término, la frase tan desgraciadamente actual: "hacer el amor"!

Y es que la disociación no se produce solamente entre las diversas facultades humanas: la inteligencia y la voluntad y la sensibilidad y la realidad corporal, sino en lo interior de cada facultad. El mediocre admite deliberadamente dos criterios contradictorios en su mente. No es que hable de una manera u obre de otra, por

debilidad de la voluntad, por el influjo de causas que surgen en el momento. Es que piensa con doblez de entendimiento y enuncia sin motivo extrínseco alguno criterios opuestos. Y ello, digo, sin repugnancia.

He puesto varios ejemplos tomados del campo de la realidad, del conocimiento, de la acción... Voy a poner algunos tomados del terreno de la Belleza.

Para muchos, para casi todos, la belleza es algo dominable. Hay que entender. Ello suele incluir dos aspectos: posesión de un surtido de juicios que me permiten dictaminar si una obra es bella o fea; posesión de unos sentidos educados para captar según tales juicios...

Lo que no parece muy general es entender que la belleza es transcendente y que obra bella es la que significa la belleza y me sitúa en ella, me levanta, me perfecciona, en suma y hablando en total, me deja manifestación de Dios mismo, que recibida por mí, me transforma, me cambia de forma... me deja informado por el Espíritu Santo.

Suelo citar estas expresiones de fray Luís de León, que expresan -bellamente- los efectos de la belleza:

El aire se serena  
y viste de hermosura y luz no usada,  
Salinas, cuando suena  
la música extremada,  
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino  
mi alma, que en olvido está sumida,  
torna a cobrar el tino  
y memoria perdida,  
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,  
en suerte y pensamientos se mejora;  
el oro desconoce  
que el vulgo ciego adora,  
la belleza caduca, engañadora.

Traspasa el aire todo

hasta llegar a la más alta esfera,  
y oye allí otro modo  
de no perecedera  
música, que es de todas la primera.

.....

Aquí la alma navega  
por un mar de dulzura, y, finalmente,  
en él así se anega,  
que ningún accidente  
extraño o peregrino oye o siente.

(Oh, desmayo dichoso!  
(Oh, muerte que das vida! (Oh, dulce olvido!  
(Durase en tu reposo,  
sin ser restituído  
jamás a aqueste bajo y vil sentido!.

La pretendida captación de la belleza por los entendidos - "entiendo de" es igual a "domino"- y alcanzamos la máxima altura si soy poderoso a construir algo... La pretendida captación de la belleza, digo, se reduce al conocimiento de la perceptiva, del oficio, de las normas de ejecución...

Por ello muy frecuentemente quien entiende de una manera de arte no gusta de las demás. A grandes rasgos, y quedando en el terreno de la literatura que tengo más andado, pienso que se podría señalar un proceso: primero la poesía es, sobre todo, intelectual, de manera que muchas se podrían escribir en prosa silogística... Más tarde la poesía expresa, sobre todo, emociones. Finalmente, en nuestra época, la llamada poesía moderna-aunque sea ya afleja -expresa sobre todo o al menos muy frecuentemente, la instintividad, lo que también modernamente se viene llamando "profundidad", expresado de modo extremo en la "escritura automática" del surrealismo.

Naturalmente todo buen poeta incluye todos los aspectos. Naturalmente quien sa haya sintonizado con la Belleza es captado por la manifestación de la Belleza en cualquiera de estos modos. No encuentro perfecto ningún poeta, pero encuentro amistad en muchísimos sean de la escuela que sean... Como la mayoría es mediocre, las

escuelas se ponen de moda, se pasan de moda y cíclicamente asistimos al ocaso de unos autores muy valorados y a la reaparición de otros olvidados.

El hombre de buen gusto hace muy poco caso de tales valoraciones y sigue leyendo a los poetas verdaderos, estén de moda o no lo estén.

"No entiendo la poesía clásica o moderna"... Como si la poesía fuera cosa de **entender** y no cosa de saborear. También por el entendimiento, por supuesto pero en otros niveles y de otras maneras.

Algo característico en estética y muy conexo con lo anterior es la confusión entre forma y figura. Conexa también la "imitación de la naturaleza", que en suma sería la imitación de Dios y la imitación de Cristo...

También aquí el vocablo "forma" se toma en su acepción externa de figura, plenamente controlable, susceptible de ser descrita, expuesta gráficamente e incluso fotografiada, y desde luego ordenada según los cánones a la moda y constituyendo una perspectiva, que convenientemente estudiada me hace "entender de poesías"... Pero eso no me anega en un mar de dulzura, ni desde luego me recuerda mi origen primero ni me esclarece respecto de él...

---

## VI. GRAVEDAD Y URGENCIA DE LA DENUNCIA

Ciertamente puedo proseguir escudriñando pormenores y ahondando en fundamentos y manifestando aspectos de la mediocridad y campos en los que se desarrolla e influye.

Mas para mi objetivo basta con lo expuesto.

Solamente falta indicar que no se trata de una charla frívola, sino de una conversación de soberana importancia, pues toca las bases mismas de la realización de la obra divina: la salvación.

Espero que sin controversia alguna se me admitan los siguientes principios:

Dios nos ama y nos quiere santos, perfectos en la santidad.

En no pequeña parte del mundo los modos normales de salvación han entrado en regresión. Se multiplican los ateos, los apóstatas, los agnósticos, los desentendidos en materia de salvación, los negadores de la divinidad de Cristo, los desertores de la Iglesia Católica, los no bautizados, los impugnadores de la moral cristiana y aun de la moral sin más, de la ética humana.

Existe el peligro real, para cada uno de todos, de condenación. De sufrimiento espantoso en el purgatorio. De sufrimientos indebidos en la tierra, consecuencia inmediata del pecado propio o ajeno.

La marcha del género humano aun en sus aspectos consecuentes naturales, derechos del hombre, por ejemplo, es **intolerable**. No ciertamente la querida por Dios, la deseada, aun humanamente, con su corazón humano, por Cristo. Aunque misteriosamente lo permitan.

- La caridad de Cristo nos apremia. A la acción inmediata, fecunda, transformante. Necesaria ya, ahora mismo, para muchedumbres.

Cada uno es responsable de la totalidad, siendo

inmediata y directamente responsable de muchos. Hay ciertamente quien no se salvará si yo no respondo a la llamada de Dios. Este y este hombre -por quienes ha muerto Cristo- se condenará o sufrirá innecesariamente y horriblemente, si yo no respondo a la llamada divina.

La fecundidad, la comunicación de la vida, se realiza en la tierra por la colaboración del hombre.

Pero solamente el adulto puede colaborar ordinariamente en tales planes salvíficos. Bien entendido: el adulto en el nivel espiritual.

Sin embargo la colaboración comienza ya a ser fecunda en cuanto el hombre -aun cronológicamente niño- empieza a responder a la llamada.

La respuesta fecunda es el fervor: la prontitud de la voluntad para cumplir la voluntad de Dios.

El mediocre no es adulto espiritualmente. El mediocre carece de fervor. El mediocre no es ordinariamente fecundo. El mediocre daña al Cuerpo Místico. La debilidad, la fragilidad, las fisuras, las tendencias del mediocre son fuentes de aguas venenosas para los demás.

No la debilidad del fervoroso, siempre en proceso de fortalecimiento. Pero sí la debilidad del mediocre: deliberadamente admitida como estado, situación permanente.

Declaramos muy concisamente algunos aspectos:

La intercesión del mediocre: no alcanza lo que pide, su oración no es en nombre de Cristo, puesto que no reúne las condiciones de humildad, caridad, esperanza... que el Espíritu señala como necesarias para la petición.

La expiación del mediocre es ineficaz o punto menos. Primero porque apenas acepta minúsculas dosis de sufrimiento; segundo porque su caridad apenas le alcanza para no desesperar.

El testimonio del mediocre es generalmente nulo. Más aún, su actitud escandaliza. Sus virtudes quedan

desautorizadas por sus defectos, o viceversa autorizan estos mismos defectos, para todo un sector; para otros sus defectos desautorizan sus virtudes.

Ejemplo: un católico es mediocrementemente obediente y "piadoso", practicamente. Pero no siendo vivificado por la raíz -el mediocre no es nunca radical- no alcanza a fructificar. Vive cómodo, asegurado, en connivencia con los acomodados... Negando la grandeza de la humillación y la pobreza.

Para unos: puesto que este hombre es piadoso y obediente - ortodoxo- y no quiere ser pobre, no se mete en estos asuntos "sociales", digamos, no hace falta entrar en tales exageraciones...

Para otros, puesto que este hombre ortodoxo, piadoso, obediente, no se hunde en la búsqueda de la pobreza, hay que descalificar la piedad, la ortodoxia, la obediencia.

El Papa actual ha insistido en que los sacerdotes vistan de forma que signifiquen su ministerio. Y yo visto sotana. Y todo el mundo lo capta...

El Papa actual, ha repetido igualmente que debemos mantener una opción preferencial por los pobres. )He adoptado una forma de vida que manifiesta esa preferencia? )Se les ha conmovido las entrañas a los pobres sólo de pensar en nuestra ternura por ellos?

Esto es la mediocridad. Y esto es el no vivir como testigo.

En su libro sobre Bernanos, Hans Urs von Balthasar cita y comenta textos del escritor francés que expresan con energía y claridad mi pensamiento.

Les ofrezco algunas de ellas. Les recomiendo la lectura de la obra entera.

"Aux bigots des deux sexes, l'incroyant du fameux sermon dit aimablement de rudes vérités: que pas plus que l'enfer, la grâce même les impressionne plus comme elle devrait; qu'on ne sent chez eux ni

joie ni délivrance, qu'ils sont d'une rare dureté, pour ne pas dire endurcis... que le monde attend beaucoup des chrétiens et que les chrétiens lui donnent peu; qu'ils devraient être le sel, et non le sirop de la terre; qu'ils ne font pas reyonner sur le monde la sainteté des saints; qu'il ne manifestent plus leur foi vivante, réellement incarnée. Dans ces conditions l'Eglise a-t-elle le droit de s'affirmer parmi les peuples comme un signe irrécusable de Dieu?

C'est bien cette prétention, en effet, qui donne le caractère d'un vrai "scandale" à ce "mauvais exemple", étalé "à la portée de n'importe qui". "C'est nous, dit Bernanos, qui répandons à travers le monde ce poison, il est distillé dans nos alambics". Et à mesure que cette fade médiocrité devient davantage notre atmosphère naturelle, une atmosphère sans saveur, nous remarquons de moins que c'est de nous qu'il s'agit, que c'est nous qui répandons ce poison: "la pire imprudence est de dédaigner les médiocres; la médiocrité est un gaz sans couleur, sans odeur, on le laisse tranquillement s'accumuler, et il explose tout à coup avec une force incroyable".

"Peut-être le vice est-il moins dangereux pour nous qu'une certaine fadeur. Il y a des ramollissements du cerveau. Le ramollissement du cœur est pire". La symptomatologie de cet état est chez le malade une certaine inconscience d'allure forte innocente, une parfaite inattention aux signes du temps qui est corrélative, au fond, à cet affadissement chez lui du sel de la terre..."

"L'un des principaux responsables, le seul responsable - peut-être, de l'abaissement des âmes... est le prêtre médiocre". La médiocrité du clergé demeure pour Bernanos le plus grand scandale..."

"Votre médiocrité tend naturellement vers le néant, l'état d'indifférence entre le bien et le mal. Le pénible entretien de quelques vices vous donne seul l'illusion de la vie ... Le monde est plein de gens qui vous ressemblent, qui étouffent les meilleurs sous leur nombre..."

(A los beatos de ambos sexos, el no creyente del famoso sermón dice amablemente verdades ásperas:

que la gracia ya no les impresiona como desearía, como tampoco el infierno; que no se palpa en ellos ni alegría, ni liberación, que son de una extraña dureza, por no decir que están endurecidos... que el mundo espera mucho de los cristianos y que los cristianos le dan poco; que deberían ser la sal y no el almíbar de la tierra; que no hacen brillar en el mundo la santidad de los santos; que ya no manifiestan su fe viva, realmente encarnada. En estas condiciones ¿tiene la Iglesia derecho a asentarse entre los pueblos, como un signo irrecusable de Dios?

Es ciertamente esta pretensión la que da el rango de verdadero "escándalo" a este "mal ejemplo", expuesto al alcance de cualquiera. "Somos nosotros -dice Bernanos- quienes esparcemos este veneno por el mundo; está destilado en nuestros alambiques". Y a medida que esta mediocridad insulsa se hace más nuestra atmósfera natural, una atmósfera sin sabor, nos damos cada vez menos cuenta que es de nosotros de quien se trata, que somos nosotros los que propagamos este veneno: "La peor imprudencia es no dar importancia a los mediocres; la mediocridad es un gas sin color, sin olor, se deja que tranquilamente se acumule y explota de golpe con increíble fuerza".

"Quizás el vicio es menos peligroso para nosotros que una cierta insipidez. Hay reblandecimientos de cerebro. El reblandecimiento de corazón es peor. El síntoma de este estado en el enfermo es una cierta inconsciencia del ritmo fuerte, inocente; una completa falta de atención a los signos de los tiempos, la cual es correlativa, en el fondo, con esta insipidez en él de la sal de la tierra..."

Uno de los principales responsables, el único responsable -quizá- del envilecimiento de las almas... es el sacerdote mediocre. La mediocridad del clero le resulta a Bernanos el escándalo mayor".

"Vuestra mediocridad tiende naturalmente hacia la nada, el estado de indiferencia entre el bien y el mal. El penoso mantenimiento de algunos vicios os da solo la ilusión de vivir... El mundo está lleno de gente que se parecen a vosotros, que axfisian a los mejores entre los suyos..").

No hemos gastado un rato en charlar de un asunto entre tantos. Si ha constituido el "asunto", es que lo he asumido, lo he elegido, lo he tomado entre otros muchos posibles, porque lo considero principal. Muy importante y principio de todo lo demás, desde cierto punto de vista.

La Iglesia es el Cuerpo Místico de Salvador. El Salvador no salva sin su Cuerpo. Cuando el Cuerpo de Cristo en la tierra está constituido por un número proporcionalmente elevado de mediocres, la operación salvífica queda interrumpida. Y los miembros que no se han dejado mover, quedan eliminados...

La admisión de la mediocridad me parece el daño más grave entre nosotros. Esperamos que se levanten en nuestras filas algunos santos, perfectos. Pero la Iglesia misma nos ha dicho -y Cristo mismo nos lo ha dicho desde el comienzo- que todos debemos ser santos.

Estamos todavía en la tierra. La Iglesia es militante. Si por consentimiento universal los miembros de un ejército son guerreros enfermos, débiles, ¿cómo sorprendernos de las derrotas? Sin duda que en su conjunto el ejército está destinado al fracaso.

La Iglesia es Madre. Si la madre tiene un cuerpo en su conjunto pueril ¿cómo podría dar la vida?.

La Iglesia tiene la función de sanar a este mundo profundamente enfermo, según la expresión ya antigua del Papa Pío XI. Si tiene en su mayoría miembros débiles, enfermizos, ¿cómo podría sanar la enfermedad del mundo?

No se trata de frases más o menos enérgicas. Se trata del misterio de la redención. Se trata de que por un pecado personal, pero multiplicado ante la indiferencia colectiva, no esperamos de nosotros mismo sino la mediocridad, la puerilidad, la enfermedad... como si Cristo no hubiera venido, no estuviera entre nosotros, para salvarnos de todo ello. Para hacernos hombres robustos, sanos, perfectos...

Si no encontramos los diez justos precisos, las ciudades son destruidas. Pero los injustos son

responsables.

Si no encontramos intercesores que rueguen con Abraham, con Moisés, el mundo regresa raudamente hacia la nada del pecado.

Sólo el Espíritu aprovecha, la carne no vale para nada. Quien siembra (para la carne) de la carne cosecha corrupción...

Y tal es el espectáculo que se nos ofrece.

La sustitución metódica, esmerada, de la acción del Espíritu Santo, por los modos carnales; sistemas, organizaciones, plausibles en sí, pero no "encarnaciones" de la realidad espiritual, de la acción del Espíritu, es cosa admitida.

Nuestros modos de "apostolado" se parecen deliberadamente mucho más a los modos de los movimientos y organizaciones humanas -políticas, sociales, culturales-, que a las maneras de los santos.

Consideramos a los "santos" como personajes excepcionales. Basamos nuestro estilo en la certidumbre de que no todos vamos a ser santos. Lo cual se convierte en que no vamos a ser santos casi ninguno. Lo cual es oponer al amor divino el sólo dique capaz de contenerlo: la desconfianza.

Basta recorrer el Nuevo Testamento para entender que no hay mal alguno que cierre el camino a la operación divina, sino ése: la desconfianza. Nada importa con importancia definitiva aquí en la tierra, sino eso. Nada importa que la niña de Jairo esté muerta, importa no más la confianza de Jairo.

Y eso es lo que impregna nuestro ambiente: la desconfianza.

Sal insípida; obras de la carne -no digo obras que sean pecados en sí mismas- ¿no es en verdad eso lo que encontramos en nuestra propia vida?

Es inútil acudir a otros recursos para detener la

corriente que arrastra la nada del pecado -la nada del infierno- a amplias regiones de la tierra. No basta para salvar al mundo que surjan aquí o allá unos cuantos santos. Es preciso que la Iglesia se ponga en estado de santidad también en sus miembros personales, en sus movimientos, en sus organizaciones.

En el siglo XIX se han levantado no pocos santos en la Iglesia española. No creo que el más optimista, el más ciego, pueda negar que en el siglo postrero el mal ha ido creciendo en el ambiente, hasta hacer de la virtud un ejercicio, humanamente hablando, heroíco.

No niego yo que el hombre de buena voluntad, buena, recta, fuerte, lúcida, iluminada por la fe, no pueda discernir en nuestra Iglesia de Europa los signos de salvación. Digo que hemos sido enviados para convertir las malas voluntades. Las pervertidas y las malas, deficientes por débiles, por torcidas, por ofuscadas. Y que tales "voluntades", es decir, tales personas, no pueden encontrar en el conjunto de este Cuerpo los signos salvíficos de manera suficientemente clara.

Quien no es capaz de entender esta realidad terrible, de sentirse interpelado por Dios mismo, es irremediabilmente tibio, necesitado del milagro para ser salvado él mismo.

Nuestra mediocridad es escándalo real para los débiles. Y a nosotros se nos ha de pedir cuenta de ella.

Porque es inevitable que haya escándalo, pero (ay del que escandaliza!

---

**INDICE**

INTRODUCCION. DE EXPECTATIVAS Y JUSTIFICACIONNES .....	5
I. PLANTEAMIENTO DEL TEMA .....	8
II. LO PRIMORDIAL .....	9
III. EL OLVIDO DE DIOS: FUNDAMENTO DE LA MEDIOCRIDAD .....	13
IV. DEL ORGANISMO ESPIRITUAL DEL MEDIOCRE ...	22
V. ALGUNOS RASGOS DEL HACER DEL MEDIOCRE ....	30
VI. GRAVEDAD Y URGENCIA DE LA DENUNCIA .....	54

**FUNDACION "JOSE RIVERA"****Cuadernos publicados:**

- N. 1: "Sesión Académica en Memoria de Don José Rivera Ramírez" (Agotado).
- N. 2: "José Rivera TESTIMONIOS I".
- N. 3: "La Teología" (20 Ed.).
- N. 4: "El Espíritu Santo".
- N. 5: "La Eucaristía".
- N. 6: "La Caridad".
- N. 7: "Meditaciones sobre Ezequiel".
- N. 8: "El Adviento" (Agotado).
- N. 9: "Meditaciones sobre Jeremías".
- N. 10: "La Cuaresma".
- N. 11: "Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles".
- N. 12: "CARTAS I".
- N. 13: "Semana Santa".
- N. 14: "Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos".
- N. 15: "La vida seglar".
- N. 16: "La mediocridad".

Pedidos a: **FUNDACION "JOSE RIVERA"**

C/ San Bartolomé, 1 45002-TOLEDO

La **FUNDACION "JOSE RIVERA"** distribuye

gratuitamente estos Cuadernos.  
Para los donativos, ingresar en  
TOLEDO, Banco Central Hispano,  
Sucursal 2604, C/C 10680.90.

**Toledo**, 14 de Febrero de 1996.